



Capítulo 340 - Tianlong dentro de una zona de guerra (2)

Tianlong se quedó allí, pensando. Su respiración se ralentizó mientras procesaba la información. Entonces, su mirada se desvió hacia Sabrina.

Ella había cruzado los brazos sobre la túnica, con las manos agarrando la tela cerca de los hombros. Esa postura hacía que sus pechos se juntaran, creando un escote profundo y tentador que se marcaba contra el ajustado tejido.

Sus agudos ojos captaron inmediatamente la mirada de él. «¿Qué estás mirando?».

Tianlong no apartó la mirada. «No... Solo estaba pensando en alguien conocido».

Parpadeó de nuevo, como si un recuerdo hubiera aflorado en su mente. «¿Quién lidera esta tribu felina? ¿El clan principal?».

Sabrina asintió. «Sí. Se llaman la Tribu del Gato Rojo. Tienen el pelo rojo y los ojos rojos. Son muy distintivos».

Al oír eso, Tianlong volvió a parpadear y esbozó una sutil sonrisa. «Ya veo».

Y, como si recordara algo vívido —látex negro ajustado que se ceñía a cada curva, el contorno de los labios vaginales hinchados visible a través del fino material, una joven cuyos pechos se balanceaban pesadamente con cada movimiento—, se rió entre dientes.



«¿Y en esa tribu también había un código de vestimenta tan estricto?».

La boca de Sabrina se crispó violentamente. Entrecerró los ojos y lo miró con ira. —Puedo oler los pensamientos perversos que emanan de ti.

Hizo una pausa y luego suspiró con irritación. —Pero sí, tienes razón. ¿Cómo es que sabes eso? Llevan esos trajes ajustados. Es parte de su cultura, algo relacionado con la agilidad y la libertad de movimiento.

Tianlong volvió a reírse, esta vez más fuerte. Su sonrisa se amplió cuando metió la mano en su túnica y sacó algo pequeño y delicado.

Una mariposa.



Era negra, casi invisible contra la tela oscura de su túnica. Había estado posada allí todo el tiempo, sin que nadie se diera cuenta.

La sostuvo suavemente en su dedo, dejándola descansar allí mientras esbozaba una sonrisa lenta y cómplice.

«Parece que el mundo es bastante pequeño, ¿no es así... Yuna?».

Habló directamente a la mariposa, con voz suave pero teñida de diversión.

Sabrina frunció el ceño, con expresión de confusión en el rostro. «¿Has perdido la cabeza?».

Tianlong la ignoró, con la mirada fija en la mariposa. Le guiñó un ojo, con una sonrisa casi depredadora. «Hola, Yuna. Verás, tu familia está en peligro. ¿Debería salvarlos?».



La confusión de Sabrina se intensificó. «¿De qué demonios estás hablando?».

Tianlong finalmente la miró, ampliando su sonrisa. «Entonces, está decidido. Vamos a ayudar a los catkins a ganar esta disputa».

Sabrina abrió los ojos con incredulidad. «¿Sabes siquiera lo que significa estar en guerra? ¡Esto no es un juego!».

Antes de que pudiera continuar, Tianlong se rió entre dientes y dio un paso adelante. Con un movimiento fluido, tiró de su mano hacia él, acortando la distancia entre ellos.

«Mi señora», dijo, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo burlón. «Siempre estoy en guerra con mi polla, que quiere penetrarte. ¿No estoy ganando?».

Sabrina se sonrojó, no por vergüenza, sino por pura furia. Apretó la mandíbula y mostró los colmillos. —Inténtalo y te cortaré esa cosa con mis propias manos.

Tianlong chasqueó los dedos.

Al instante, un portal negro similar a un vórtice se abrió en el aire junto a ellos, arremolinándose con energía oscura y crepitando débilmente con poder.

Se inclinó hacia ella, con los labios cerca de su oído. «Espero que uses los dientes, Sabrina».

Antes de que ella pudiera reaccionar, la empujó hacia delante.



«¡Cabrón!», gritó ella mientras ambos eran engullidos por el portal, desapareciendo en la oscuridad.

El portal se cerró detrás de ellos, dejando solo silencio.

«¡Manos arriba! ¡No se muevan!».

Los gritos provenían de todas direcciones, agudos, llenos de pánico, agresivos.

Tianlong permaneció allí tranquilamente, con Sabrina a su lado. Ella movió violentamente la boca mientras miraba a las docenas de soldados que los rodeaban, con sus lanzas apuntando directamente hacia ellos.

Sus orejas de tigre se aplastaron contra su cabeza mientras siseaba con los dientes apretados: «Pervertido. ¿Nos has traído al medio de un recinto?».



Tianlong parpadeó y luego miró hacia abajo.

Estaba de pie sobre una gran mesa de comedor.

Alrededor de la mesa había varias personas, todos hombres, congelados en medio de un bocado, con expresiones que iban desde la sorpresa hasta la indignación. A la cabecera de la mesa se sentaba un hombre cuyo rostro se había puesto morado de furia, con las venas de la frente tan hinchadas que parecían a punto de estallar.

A su alrededor había aún más hombres: guardias, sirvientes, funcionarios. Toda la sala estaba llena de hombres. No se veía ni una sola mujer.



Y cuando Tianlong los observó con más atención, se fijó en los detalles: pequeños bigotes, pelo en tonos marrones, rojos y blancos. Orejas de gato. Colas que se movían nerviosamente detrás de ellos.

Rasgos felinos.

Todos ellos sorprendidos, enfadados y muy a la defensiva.

Observándolo todo con una mirada lenta y deliberada, Tianlong levantó una ceja. Entendió lo que estaba pasando.

«Vuestras esposas están luchando en el frente», dijo lentamente, con una voz que cortaba el tenso silencio como una espada. «Y vosotros, hombres, estáis celebrando un banquete aquí».

Hizo una pausa, dejando que la acusación flotara en el aire.

Luego, sus labios se curvaron en una sonrisa burlona. —Si no pueden evitarlo, entonces yo puedo darles a sus esposas un buen festín en su lugar. Como hombre.

La sala quedó en silencio.

Todos los hombres se miraron entre sí, con expresión de confusión en sus rostros.

«¿De qué está hablando?».

«Quién es?».



Los murmullos comenzaron a extenderse entre la multitud, las voces se superponían en confusión y sospecha.

Pero Sabrina no estaba confundida.

Su cuerpo temblaba, no por miedo, sino por pura rabia sin filtros. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus colmillos le mordieron el labio inferior. Sus garras se extendieron involuntariamente, clavándose en las palmas de las manos mientras la sangre goteaba de sus puños.

«¡Perderé la cabeza si te oigo decir una palabra más, bastardo pervertido!», rugió, haciendo temblar la sala con su voz. «¡Prefiero luchar en una guerra que estar a tu lado!».

Antes de que Tianlong pudiera responder, Sabrina se movió.

En un movimiento tan rápido que la mayoría de los ojos no pudieron seguirlo, agarró al hombre que estaba a la cabecera de la mesa, el de la cara morada, y lo lanzó al otro lado del salón con una fuerza monstruosa.

Su cuerpo se estrelló contra la pared de piedra cercana con un repugnante «crujido», y la carne y los huesos salpicaron la superficie. La sangre salpicó la pared como pintura. Murió al instante, y su cuerpo se deslizó sin vida hasta el suelo.

El salón se sumió en el caos.

«¡Es del clan del tigre!», gritó uno de los soldados felinos, con la voz quebrada por el pánico.



«¡Atacad! ¡Atacadla ahoral!».

Las características felinas de Sabrina se manifestaron: sus orejas se alargaron, sus garras se afilaron y sus ojos brillaron con un dorado depredador. Su aura explotó hacia afuera, crepitando con energía bruta y destructiva.

Dejó escapar un rugido salvaje que sacudió las vigas y luego cargó.

Los machos felinos la rodearon por todos lados, lanzando lanzas y blandiendo espadas. Pero Sabrina era una tormenta encarnada.

Esquivó la primera lanza con un giro de caderas, agarró el asta en pleno impulso y la partió por la mitad con una mano. Con el extremo roto, se lo clavó en la garganta al hombre que lo había empuñado, y la sangre le salpicó la cara mientras él gorgoteaba y se desplomaba.



Otro soldado se abalanzó sobre ella por la izquierda. Ella le agarró la mano con la espada en pleno movimiento, le retorció la muñeca hasta que los huesos crujieron audiblemente y luego le arrancó el brazo por el hombro. Él gritó y trastabilló hacia atrás mientras la sangre brotaba de la herida.

Sabrina no se detuvo.

Pateó a otro hombre en el pecho con tanta fuerza que le hundió la caja torácica, y su cuerpo salió volando hacia atrás y chocó contra otros tres que estaban detrás de él. Todos cayeron en un montón de miembros rotos y gritos.

Un gato pelirrojo intentó flanquearla por detrás. Ella se giró, lo agarró por el cuello y lo estrelló de cara contra la mesa del comedor.



La madera crujío bajo la fuerza.

Levantó su cabeza y la estrelló contra la mesa una y otra vez, hasta que su cráneo se hizo añicos y su cerebro salpicó la carne asada que aún estaba sobre la mesa.

«¡Matadla! ¡Matad a esa zorra tigresa!», gritó alguien.

Pero no pudieron.

Sabrina era un torbellino de garras, dientes y violencia bruta. Cada movimiento era letal. Cada golpe acababa con una vida.

La sangre se acumulaba en el suelo de piedra. Los cadáveres se amontonaban a su alrededor.

Mientras tanto, Tianlong permanecía inmóvil sobre la mesa del comedor, rascándose la barbilla pensativamente mientras observaba la carnicería.

Murmuró para sí mismo, casi divertido: «Esta es la razón por la que te traje, mi Sabrina».